

UNA PROPUESTA POLITICA PARA MADURAR A LOS VERDES

UN CAMBIO EN FAVOR DEL EMPLEO Y EL MEDIO AMBIENTE

V.V. A.A.

Suscribimos esta propuesta personas que llevamos años trabajando en el movimiento ecologista, y en otros movimientos sociales alternativos, en distintos lugares del Estado español. Tanto si somos miembros de la confederación de Los Verdes, como de otras fuerzas políticas, o de ninguna, nos consideramos parte del *movimiento verde* realmente existente en nuestro país. Creemos que la irrupción de un polo verde consistente en el actual sistema político-electoral del estado Español es un objetivo muy deseable para todos aquellos y aquellas que dedicamos nuestros esfuerzos a la constelación de grupos y organizaciones no gubernamentales ecologistas, pacifistas, feministas, de solidaridad con el Sur, antirracistas, ciudadanas. También lo es para quienes trabajamos con mentalidad alternativa en las diversas organizaciones sindicales del movimiento obrero.

I. LA NECESIDAD DE UN POLO VERDE

Nos parece un objetivo deseable, por lo menos por dos razones. En primer lugar, porque nuestro trabajo desde los movimientos sociales y las organizaciones ciudadanas —insustituible, sea cual sea la posición que uno o una adopte ante la cuestión electoral— tiene límites y techos evidentes. Podemos influir mediante campañas de sensibilización y acciones directas de diverso tipo tanto en la conciencia de mucha gente como en la toma de

decisiones políticas, y en ese sentido nuestra labor no tiene nada de «apolítica». Pero la influencia sobre los distintos gobiernos y parlamentos siempre está mediada por la voluntad de las fuerzas políticas que los componen, (incluso si ocasionalmente conseguimos hacernos oír con voz propia mediante los escasos mecanismos de democracia directa hoy existentes). Del mismo modo, para hacer llegar nuestro discurso y nuestras propuestas a la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas dependemos de la voluntad de los medios de comunicación de masas.

La conformación contemporánea de la «opinión pública», mediante el ejercicio de la «representación» política institucional y los medios de comunicación de masas, hace sumamente difícil hacer llegar *propuestas concretas en el tiempo adecuado* a una auténtica mayoría social desde fuera de esa palestra. Con buenas dosis de voluntad, organización, audacia y sentido de la oportunidad podemos desarrollar una sensibilización básica entre círculos bastante amplios de personas, e incluso podemos lograr la colaboración activa de bastante gente en campañas específicas. Eso es lo que hacemos constantemente, y es imprescindible hacerlo. Pero nos engañaríamos si creyéramos que ello, por sí sólo, puede algún día llegar a pesar tanto o más que los millones de personas que sintonizan un debate electoral o ejercen su derecho de voto. Sabemos perfectamente que la fuerza democrática potencial de esas formas institucionalizadas (y ritualizadas) de participación

política electoral es fácilmente manipulable. El tándem entre los grandes partidos, los grandes medios de comunicación y los grandes intereses económicos secuestra de hecho la voluntad popular que intenta clarificarse y expresarse por esa vía. Pero eso es tanto más cierto cuanto que en la «representación» electoral intervengan siempre los mismos actores, y con el mismo guión. Eso mismo puede verse como un argumento para intervenir en ella con otros papeles. O, por lo menos, para intentarlo.

La segunda razón para considerar que la emergencia de un polo político-electoral verde nos atañe, consiste en verlo a la inversa: aunque no haya ninguna razón para ello, cada «fracaso» electoral verde se carga también, directa o indirectamente, en nuestra cuenta. Si, con enorme esfuerzo, los diversos movimientos sociales logramos hacer llegar nuestras propuestas independientes hasta el ámbito de la política «oficial» (un plan energético alternativo, otro modelo de defensa, otras vías para resolver la escasez de agua, otros modelos de ciudad, de recogida y reciclaje de basuras, de política industrial, de acogida de inmigrantes, de sistema fiscal, de reforma educativa, de abordar el aborto o las violaciones, de reconversión de la industria militar...), y conseguimos que los grandes medios de comunicación de masas no los ignoren del todo, los portavoces del sistema replicarán a coro que tales opciones carecen de legitimidad democrática porque no «representan» ninguna de las preferencias de la ciudadanía real.

Sabemos que el intento de proyectar las propuestas de cambio social profundo en el escenario político-electoral y parlamentario no está exento de dificultades y peligros. El balance de los más de diez años de partidos verdes, en Europa y otras partes del mundo, es sin duda complejo. Más lo son aún las lecciones de la historia centenaria de las formas de expresión política del movimiento obrero y el feminismo. Pero la existencia en la mayoría de países de Europa de fuerzas políticas verdes, y su representación en las instituciones comunitarias europeas, nos parece globalmente positiva. Por lo menos puede decirse de ellas lo mismo que de los segmentos más institucionalizados de

los movimientos sociales y las organizaciones cívicas de las sociedades contemporáneas, como por ejemplo los sindicatos: sin ellos y ellas el mundo sería aún mucho peor de lo que ya es. Su mera existencia abre algunas puertas a la alteridad, constituyen —junto a otras cosas, otras realidades potencialmente transformadoras— un principio de esperanza.

Tampoco queremos extendernos aquí en el análisis de los cambios vertiginosos que se están sucediendo en todos los órdenes en estas dos últimas décadas del siglo XX. Basta, para nuestro propósito, con constatar que pese a esa aceleración histórica que es, en buena medida, resultado de la anterior «congelación» de los conflictos en los bloques de hielo de la era nuclear —y pese a la crisis evidente del sistema tradicional de partidos en varios estados europeos—, los verdes constituyen la única fuerza alternativa *nueva* que ha sido capaz de emerger con un discurso contemporáneo e introducirlo en el terreno político. Las diferencias en los contextos nacionales y estatales de los distintos países dibujan, sin duda, un panorama diversificado y cambiante. Pero en una visión de conjunto sobre el espacio europeo es imposible sustraerse a esa evidencia: el grupo verde del Parlamento Europeo constituye —junto quizá a los componentes del grupo para la Izquierda Comunitaria Europea— el principal referente político-institucional posible para las fuerzas transformadoras existentes en esta parte del mundo.

II. ¿EL ESTADO ESPAÑOL ES DIFERENTE?

La pequeña historia de los intentos de vertebrar en el Estado español un partido verde ha sido, hasta la fecha, bastante desgraciada. No queremos perder el tiempo en intentar describirla, ni en asignar responsabilidades. Es suficiente con constatar que las últimas elecciones legislativas de junio de 1993 fueron las primeras en las que se presentaba una única lista verde mínimamente diferenciable de las candidaturas fraudulentas auspiciadas por la secta de La Comunidad de Silo. Para lograrlo han sido

necesarios muchos esfuerzos, desplegados fundamentalmente por algunos de los núcleos donde la vertebración local de Los Verdes o Els Verds tenía y tiene una mínima consistencia política y programática. En estos lugares, el trabajo de los verdes y las verdes ha surgido de una vinculación real con los movimientos sociales ecopacifistas, y se ha dirigido a elaborar, a partir de su experiencia, propuestas políticas, económicas, sociales y culturales globalizadoras.

Pero eso mismo ya lo dice todo sobre el problema de fondo: en muchos otros sitios, y muy en especial en algunas de las grandes ciudades donde se concentra la mayoría de la población y del electorado, diversos núcleos sin vinculación real con ningún movimiento social alternativo, ni capacidad de elaboración programática seria, han estado rivalizando entre sí para arrogarse una legitimidad verde «auténtica» que, de hecho, ninguno de ellos merecía. Tales listas esperpénticas sólo lograban confundir a los votantes despistados que, buscando de buena fe algunos «verdes» votables, acababan desperdiciando el voto fragmentándolo entre candidaturas inconsistentes o fraudulentas. Esa situación ha obligado a los pocos núcleos serios a invertir parte de sus limitadas fuerzas en poner algún orden y sensatez en la constelación de partidos verdes del Estado español. Gracias a sus esfuerzos, y a la colaboración de otras personas de las distintas nacionalidades y ciudades, Los Verdes lograron reunir en Granada un congreso confederal de unificación y presentar listas comunes únicas a las Cortes en casi todas las circunscripciones.

El resultado obtenido (184.072 votos, menos del 1 % de los y las votantes) demuestra dos cosas. La primera, que basta con un poco de sentido común para diferenciar una lista verde reconocible de fraudes antidemocráticos, consentidos por la Junta Electoral, como el de la secta de Silo y otros: las listas de Los Verdes y Els Verds quedaron globalmente, por primera vez, a mucha distancia de cualquiera de las candidaturas sin representación parlamentaria, exceptuando el Centro Democrático y Social. Pero la segunda lección es aún más im-

portante: una cosa es lograr listas únicas y otra muy distinta tener realidad social. Para eso segundo ya no basta sólo (¡aunque sigue siendo imprescindible!) con el sentido común y la entrega de unas cuantas personas. Se necesita un trabajo paciente, de más largo alcance, que permita atraer a mucha más gente a la construcción de un proyecto verde. Sin una «masa crítica» de experiencias y conocimientos, de capacidad de elaboración y proyección de una propuesta política seria, lo único que se consigue es blandir un logotipo al viento pensando que los y las votantes respaldarán a la lista gracias a las rentas del trabajo de otras fuerzas verdes europeas: un papel bastante penoso para alguien que pretende criticar a fondo la vaciedad de los discursos políticos de las fuerzas tradicionales...

Evidentemente la mayor desproporción entre los núcleos activos de Los Verdes o Els Verds actuales, y esa «masa crítica» mínima que dé consistencia y sentido de la realidad al proyecto, se encuentra siempre en las grandes ciudades. Pero si existe alguna posibilidad de abrir el actual sistema de partidos políticos del Estado español, introduciendo en el parlamento algún diputado o diputada verde, es precisamente ahí. Lo cual nos lleva de lleno a la cuestión principal. A la pequeña historia de fracasos electorales de los verdes en el Estado español le han sobrado, sin duda, muchas dosis de sectarismo, personalismo e inoperancia. Pero lejos de ser la causa, el predominio de tales manifestaciones tiene otra raíz más profunda: la falta de realidad y de sentido de la realidad.

III. EL CIRCULO VICIOSO DE LA INOPERANCIA

La falta de realidad proviene de la escasez de recursos humanos. Esta, a su vez, tiene también algo que ver con otras dos cosas: la relativa debilidad de los movimientos ecopacifistas, feministas, antirracistas y de solidaridad, por una parte; y la endeblez de la infraestructura alternativa de esa constelación de movimientos «nuevos», por otra. Sin embargo, ése es un factor que conviene precisar y matizar bien. Es cierto

que, comparativamente con varios países anglosajones, el grado de implantación, el número de afiliados y el volumen de recursos materiales de nuestros movimientos dejan aún bastante que desear. Pero, en cambio, la masividad de las protestas ante situaciones como la guerra del Golfo, o el grado al que ha llegado el movimiento de insumisión al servicio militar obligatorio, demuestran una vitalidad de la contestación muy por encima de la media europea. Sin ir más lejos, la vertebración de los movimientos sociales alternativos es bastante mayor en el Estado español que en la vecina Francia, donde en cambio Les Verts han irrumpido con fuerza en el panorama político.

Por tanto, la falta de peso de muchos núcleos de Los Verdes o Els Verds del Estado español tiene bastante más que ver con otra cosa: la incapacidad para conectar con los movimientos sociales reales, recoger sus experiencias y propuestas, y atraer a personas comprometidas y formadas en ellos para elaborar un programa globalizador de cambio consistente. En ocasiones se ha llegado al absurdo de enfrentarse ridículamente con esas organizaciones sociales plurales, o a zancadillear sus actividades, en pos de una autoafirmación preadolescente. En otras sencillamente se les ha ignorado, o se ha creído que bastaba con convocarles desde la arrogancia de autoproclamarse «vanguardia» verde de tales movimientos y organizaciones sociales. A veces se ha intentado pasar por encima de la imprescindible independencia de los grupos ecopacifistas, olvidando que si los verdes y las verdes deben estar vinculados a ellos como personas, en cambio las organizaciones sociales plurales no deben en ningún caso estar vinculados ni a Los Verdes o Els Verds ni a ningún otro partido. Los personalismos y sectarismos han contribuido mucho a viciar la atmósfera de esos dudosos «verdes», haciéndola refractaria a algunas personas que intentaban aproximarse de buena fe. Salvo casos como los ya citados, donde existen grupos de Los Verdes o Els Verds serios y consistentes (y, claro está, muchas otras excepciones individuales que no pueden alterar el tenor general) la desconexión entre núcleos «verdes» y movi-

mientos sociales reales ha situado a aquéllos en una espiral de insustancia e incapacidad.

Visto desde el otro lado, para las personas implicadas en organizaciones sociales ecopacifistas y alternativas plurales la situación resultaba sumamente incómoda. Por una parte, los medios de comunicación suelen confundir sistemáticamente los planos, cargándoles —sin motivo— las cuentas de los fracasos electorales y las meteduras de pata de algunos «verdes» despistados. Por otra, el pavor a que tales «verdes» inmaduros pudieran lograr con un golpe de (¿mala?) suerte alguna representación en ayuntamientos o parlamentos permanecía larvado, por lo menos entre todas aquellas personas que no queremos afrontar la cuestión electoral repitiendo la fábula del zorro y las uvas. El absurdo de la situación era que, en muchos lugares —y salvo honrosas excepciones, claro está— el principal obstáculo para la emergencia de una fuerza política verde con atractivo eran los «verdes» mismos.

Pensar en romper ese círculo vicioso suponía, para las personas que dedican gran parte de su tiempo libre al trabajo voluntario en grupos alternativos plurales, un grave dilema: o abandonar en buena medida esa actividad para sustituirla por la construcción de Los Verdes-Els Verds, o afrontar algo así como una «doble jornada» militante. (No nos referimos, claro está, a la doble adscripción individual en una fuerza política y en organizaciones sociales plurales, que para cualquier partido verde o de izquierdas, debería ser la norma; nos referimos a la incompatibilidad práctica de una dedicación intensiva en ambos). Puesto que las dos cosas son incongruentes desde la propia filosofía verde, muchas de esas personas acababan en el mismo punto de partida: trabajar en los movimientos sociales y esperar (¿o desesperar?). La debilidad de fondo de la constelación de grupos y recursos alternativos en el Estado español, y las pocas ganas de abrir en su interior una polémica con aquellas personas que —muy legítimamente— rechazan de plano la conveniencia o el interés de embarcarse en aventuras electorales, contribuían a inclinar la balanza hacia la inhibición «verde».

Quienes suscribimos esta propuesta pensamos, sin embargo, que existen caminos para salir de tal situación. Por una parte, el trabajo de los núcleos más serios de Los Verdes y Els Verds está allanando el camino, al introducir algunas dosis de racionalidad en la confederación de Los Verdes y Els Verds, y al empezar a posibilitar un acercamiento fructífero de muchas personas que, por todo lo dicho, se han mantenido más o menos al margen. Eso no soluciona, claro está, el dilema de cómo vestir ese santo sin desvestir los otros. Pero estamos convencidos de que para dotar de recursos humanos a unos núcleos verdes que se lo merezcan se puede y se debe contar con bastantes más personas que las que hoy nos encontramos implicadas en organizaciones sociales estrictamente ecologistas.

Se puede y se debe contar con otras personas vinculadas a grupos pacifistas, de insumisos, feministas, antirracistas, de gays y lesbianas, de solidaridad con el Sur, en favor de los pueblos indígenas, de defensa de los derechos humanos, de centros de documentación alternativos. Con personas vinculadas a los diversos sindicatos y a las asociaciones de vecinos, y a los grupos y asociaciones juveniles. Se puede y debe contar también con muchas otras personas que hoy participan poco o nada de ese tejido asociativo, pero que pueden aportar una experiencia y unos conocimientos importantes (y su vinculación a un proyecto verde puede estimular precisamente su acercamiento a organizaciones sociales plurales). Y esperamos poder contar con la solidaridad de quienes, desde posiciones más o menos libertarias, subrayan los peligros de irrumpir en el plano electoral e institucional con propuestas alternativas realmente transformadoras: el intento no será un camino de rosas, y esperamos de ellos y ellas una función de conciencia crítica que buena falta nos hace.

Todo eso puede llegar a ser posible con una condición: que se ofrezca un proyecto verde que valga la pena. Sólo si los verdes y las verdes somos capaces de convencer que un esfuerzo político y electoral tendrá resultados útiles, y ofrecerá compensaciones humanas suficientes a las personas que se impliquen en él, podremos suscitar, para

hacerlo viable, el entusiasmo necesario en círculos lo bastante amplios. Y es aquí, en el punto clave, donde dotar de realidad y consistencia al proyecto verde interactúa decisivamente con *el sentido* de la realidad de la propia propuesta política.

IV. LAS CONDICIONES DEL MARCO POLITICO

Las elecciones generales del 6 de junio de 1993 han sido las primeras, tras una década de estabilidad electoral bajo la mayoría absoluta del PSOE, en las que estuvo en juego un cambio importante en la distribución del voto en el conjunto del Estado español. Lamentablemente (y comprensiblemente), tras diez años de aplicación de un programa de ajuste liberal por un gobierno nominalmente socialista, conectado con las peores formas de construcción europea, la partida real se jugaba entre la continuidad de un gobierno del PSOE en minoría parlamentaria o un nuevo gobierno de la derecha tradicional española, también en minoría parlamentaria. Al final triunfó en las urnas la primera posibilidad, en parte por la fuga de votos desde opciones críticas —entre ellas, la verde— hacia un voto «útil» que impidiera la llegada del Partido Popular al gobierno.

Pero lo más importante del resultado es, una vez más, la *estabilidad* del panorama político-electoral en el Estado español. El PP capturó el voto del extinguido CDS y logró atraer, junto con IU-IC-CA, y en menor medida las derechas nacionalistas vasca y catalana, una parte del aumento del número de votantes. El PSOE vio cómo se acrecentaba en menor medida el número de votos absolutos y retrocedió en el porcentaje de votantes, perdiendo la mayoría absoluta parlamentaria. Los Verdes-Els Verds quedaron otra vez fuera de juego pese a las listas únicas, mientras una formación nacionalista como Esquerra Republicana de Catalunya conseguía entrar en él. Ello contrasta enormemente con la profunda crisis del sistema tradicional de partidos en países vecinos como Francia e Italia. Como cualquier dato histórico, esa situación puede cambiar en el futuro. Pero de momento el

contexto político del Estado español se caracteriza por la relativa solidez de las fronteras de voto dentro de las categorías tradicionales —y para nosotros, en bastantes aspectos caducas— de derecha (nominalmente liberal) e izquierda (nominalmente socialdemócrata).

Dentro de ese contexto general, un factor muy importante es que Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya-Convocatoria por Andalucía recoge una parte de las simpatías y los votos de personas que desean un cambio de dirección como el que perseguimos los y las verdes. Aunque el hecho puede contemplarse desde diversos ángulos, está claro que una parte de los votantes posibles —y también de los recursos humanos disponibles— para una opción verde se encuentran hoy por hoy en la franja de IU-IC-CA. Ese no es un dato exclusivo del Estado español. En realidad, sólo en la antigua RFA (y gracias a la obra conjunta de Hitler y Stalin) Die Grünen pudieron cuajar sin que contara para nada la existencia de una izquierda de tradición comunista. A pesar de eso (o precisamente por eso) la aportación humana y política de los grupos de la nueva izquierda de los años sesenta fue decisiva para la formación de Die Grünen.

Ante ese hecho, las relaciones entre una opción verde que pugna por emerger, y una izquierda de tradición mayoritariamente comunista que pugna por mantenerse y refundarse, sólo pueden contemplarse globalmente desde dos alternativas: la confrontación o la colaboración. En el día a día, y en el detalle local, caben muchas otras combinaciones entre ambos polos, claro está. En parte, nuestra propuesta sugiere algunas. Pero para que cualquiera de ellas sea coherente y fructífera, los verdes y las verdes del Estado español debemos abrir un debate claro y sincero sobre la estrategia que debe seguirse en esa cuestión. Hasta la fecha ha predominado una actitud de confrontación —en parte alimentada también desde ciertos sectores de IU-IC-CA—, que en nuestra opinión (y, una vez más, salvo excepciones) no responde tanto a un análisis y una estrategia convincentes, como al rechazo visceral motivado por la desorientación política y los complejos de

inferioridad. Nosotros proponemos que el asunto se debata desde la racionalidad política, descartando las descalificaciones previas y gratuitas de cualquier elección.

Existen, sin duda, conflictos reales entre allí donde personas con responsabilidades de gobierno de IU-IC-CA toman decisiones claramente antiecológicas (como la construcción de campos de golf, el fomento de comercios de grandes superficies, la aceptación pasiva de vías rápidas, autopistas o incineradoras). Pero, más allá de esos casos —que también se dan con los sindicatos—, la hostilidad genérica hacia el conjunto IU-IC-CA nos parece más bien relacionada con la idea según la cual los verdes y las verdes no son (¿no somos?) «ni de derechas ni de izquierdas». Esa concepción se puede sostener de buena fe, creyendo en serio que la divisoria surgida en tiempos de la Revolución Francesa ha dejado de existir. O puede esgrimirse interesadamente, intentando atraer votantes de todo el espectro político que en las encuestas sociológicas manifiestan tener como *segunda* preferencia la papeleta «verde».

Esta segunda posibilidad, propia de los peores partidos centristas que practican la táctica del *catch all*, no vale la pena ni entrar a discutirla: descalifica de entrada, desde un punto de vista alternativo, a cualquier «verde» que razone en tales términos. La primera, en cambio, nos parece una concepción equívoca. Si se refiere a la divisoria entre una derecha *liberal* y una izquierda *socialdemócrata*, que ha perdido vigencia al aplicar estos segundos programas abiertamente liberales, estamos de acuerdo. Pero quedarse en ese «ni ni» olvidaría otras dos cosas igualmente importantes: que existen otras izquierdas, en un proceso complejo de recomposición, que no participan de los consensos neoliberales y productivistas; y que la opción clara de cualquier fuerza verde alternativa (que merezca tal nombre) en favor de la equidad y la solidaridad, nos sitúa de hecho en el campo de los valores tradicionales que la gente sigue identificando con la izquierda. La historia es un proceso de cambio perenne, sin duda. Pero la historia no se inventa a partir de cero, por más que uno se lo proponga.

La actitud que una opción verde alternativa debe adoptar hacia IU-IC-CA tiene que partir, por tanto, de un diagnóstico de sus programas y sus propuestas, sobre la base de una evaluación comparativa de lo que sucede, al menos, en el conjunto del ámbito europeo. Está claro que la competencia por una franja común del espectro electoral no se da sólo en el Estado español. Pero también debería estar claro que la forma de dirimirla no puede ser ajena a las diferencias entre, por ejemplo, el PCF de Marchais, el PCP de Cunhal, la escisión del antiguo PCI entre el PDS de Occhetto y Rifundazione Comunista, o la compleja situación del PCE e Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya-Convocatoria por Andalucía en el conjunto del Estado español. En ese sentido, las apelaciones meramente ideológicas al fin del comunismo, o a la superación de las nociones tradicionales de derecha-izquierda sirven de muy poco. Lo que aquí se debate no es sólo la identidad de cada cual en el cambiante panorama político-cultural de este final de siglo: se debaten también, y principalmente, las opciones electorales viables en el actual contexto político-electoral del Estado español. Para eso, lo que importa es qué mensaje y qué propuestas dirige cada cual al electorado. Aunque a veces no nos gusten algunas de sus maneras, Julio Anguita tiene más razón que un santo cuando dice que lo que cuentan son programas, programas y programas.

Contemplado el asunto desde ese ángulo —es decir: desde la capacidad de recoger y asimilar propuestas coherentes de los movimientos sociales ecopacifistas y alternativos—, basta comparar con las distintas formaciones políticas del espacio europeo las posiciones adoptadas por IU-IC-CA ante cuestiones como la guerra del Golfo, el modelo de defensa y el servicio militar obligatorio, las centrales nucleares y el actual modelo energético, la crisis de los residuos y la escasez de agua dulce, el problema del paro y las propuestas de reparto del trabajo, o las críticas al actual proceso de construcción de la CE, entre otras, para concluir que los *programas* de Izquierda Unida se acercan paulatinamente al denominador común de los distintos partidos verdes europeos.

Evidentemente, una cosa son los *programas*, y otra la cultura política profunda de formaciones con un largo recorrido histórico, antaño troqueladas por el stalinismo, como el PCE y el PSUC. Una cosa son los *programas*, y otra los lastres burocráticos de los aparatos tradicionales que, pese a la crisis evidente de la forma-partido misma, aún se dejan sentir en muchas localidades y situaciones. Una cosa son los *programas*, y otra los representantes parlamentarios y los cargos institucionales que en bastantes casos llevan mucho tiempo reproduciéndose a sí mismos, y desarrollando percepciones e intereses particulares como clase política. Una cosa son los programas, y otra la acción de gobierno en algunas ciudades o comunidades. Una cosa son los *programas*, en fin, y otra las distintas corrientes que conforman IU-IC-CA, sus confrontaciones mutuas, o los precarios equilibrios que muchas veces paralizan y embarrancan su propio barco.

Si esta percepción no está completamente errada, nos parece imposible sustraerse a la siguiente conclusión. Los verdes y las verdes no tenemos mucho o nada que ver con la reorientación, refundación o desaparición del PCE o el PSUC. Tampoco es tarea común nuestra la de reciclar a sus militantes, tras la «caída del muro», en las realidades y las prioridades de cambio verdaderamente contemporáneas. Ni tenemos por qué entrar en las tensiones de esa readaptación, entre quienes quieren emprender el viaje de retorno a la Casa del Padre socialdemócrata, quienes buscan enlazar con los mejores fundamentos de su propia tradición para enlazar con otras, y quienes se resisten a reconocer la realidad de ese final de siglo y se aferran a ortodoxias caducas. En este sentido, nuestra labor debe dirigirse a la vertebración de una fuerza política verde independiente que elabore por sí misma su propia identidad, su propio ideario y sus propuestas programáticas.

Pero construir una fuerza política y presentar candidaturas a las elecciones son dos cosas distintas. Se condicionan mutuamente, pero no se confunden. Una de las muestras más patentes de la inmadurez de la mayoría de listas verdes hasta ahora presentadas a las elecciones —de nuevo salvan-

do notables excepciones— es la inexistencia de programas electorales concretos con propuestas comprensibles y motivadoras para los electores y las electoras. No es sólo que Los Verdes están aún, en el conjunto del Estado español, muy «verdes» en las líneas programáticas de fondo (a menudo se han limitado a traducir al castellano, el catalán o el euskera algún decálogo de Die Grünen, o a amontonar sin criterio una lista de propuestas variopintas): es que carece de sentido presentarse a unas elecciones sólo para proclamar, más o menos doctrinariamente, el propio ideario. Alrededor de cada campaña —sea o no electoral— hay que desarrollar un trabajo político-cultural de fondo. Pero nunca se debe perder de vista que cada elección tiene un tiempo y un lugar, y lo que los y las votantes demandan son propuestas concretas que den respuesta a los problemas que la mayoría percibe como más acuciantes. Eso exige desgajar del programa-marco, que dibuja la propia identidad y nuestros valores de fondo, un número limitado y concreto de medidas urgentes aplicables *ahora*.

V. NUESTRA PROPUESTA: JUNTOS PERO NO REVUELTOS

La cultura política de fondo del grueso de Izquierda Unida aún está bastante lejos de la que impregna a la mayoría de grupos verdes y alternativos de Europa. La tendencia a considerar el crecimiento económico como el único marco posible para la satisfacción de las necesidades sociales, sin ir hasta el fondo de su insostenibilidad ante el desafío ecológico y la fosa Norte-Sur, sigue predominando en sus opciones (o sus vacilaciones). La forma partido tradicional y la profesionalización indiscutida de los órganos directivos siguen marcando muchas veces los modos de actuación política. Pero las propuestas programáticas inmediatas convergen con las de los verdes europeos, y de todo el mundo, a ojos vista. En ese contexto nuestra propuesta es clara y sencilla: apostar por *organizaciones separadas y listas electorales comunes*.

Es una fórmula comparable a la adoptada en Francia por Les Verts ante la irrup-

ción en el panorama electoral del partido caudillista de Brice Lalonde «Génération Écologie»: sus listas «robaban» los programas y enseñas verdes, condenando a Les Verts a convencer al electorado de las diferencias entre interlocutores «camuflados» y «auténticos», o a dirimir la cuestión con un acuerdo electoral y programático mínimo que no cercenara la independencia de criterio y expresión de cada cual. En agudo contraste con la tendencia de Die Grünen a profundizar de forma lacerante en las propias diferencias internas, Les Verts optaron con audacia por la vía del acuerdo desde la diferencia. Se dirá, claro está, que Génération Écologie no es comparable en muchos aspectos a Izquierda Unida. Sin duda no lo es. Pero al menos en algunos aspectos importantes —el pluralismo interno y la implantación social, por ejemplo— la comparación es claramente favorable a IU-IC-CA.

Pensamos que esa fórmula responde al necesario desarrollo de un polo político verde, y a las posibilidades reales del actual contexto político-electoral global del Estado español. Es una apuesta razonada y meditada. Pero, como cualquier apuesta, no tiene de antemano garantías de éxito. Supone asumir riesgos, y confiar ante todo en la fuerza de las propias ideas y de la propia voluntad colectiva para sortearlos.

Puede que la propuesta suscite suspicacias, e incluso hostilidad, en algunos sectores de Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya-Convocatoria por Andalucía. Tales resistencias pueden provenir a la vez de varios sectores políticamente dispares. Puede que algunos líderes del sector autoconsiderado «renovador», o de Nueva Izquierda, teman que la emergencia de un tercer polo verde mengüe el protagonismo sesgado que los medios de comunicación de masas, y toda la clase política tradicional, les conceden habitualmente en su polémica con la mayoría liderada por Julio Anguita. Puede que quienes apuestan más a fondo por una «renovación» abiertamente socialdemócrata se muestren sumamente reacios a las propuestas verdes y alternativas, que comportan transformaciones profundas del actual orden económico-social y moral. Pero puede que también vean en ellas una

ocasión para superar en el seno de IU-IC-CA viejas ortodoxias caducas.

De momento las más receptivas a las alternativas sugeridas por los movimientos ecopacifistas han sido —más allá de las corrientes ecosocialistas aún en estado embrionario— personas cercanas a la actual mayoría. Pero a veces ocurre que esa mayoría, donde está lo mejor de IU, arrastra también la inercia de las viejas maneras de dirimir internamente las cuestiones. Ese lastre burocrático determina que, en ciertos lugares concretos, las personas de mente más abierta y más predispuestas a asumir propuestas provenientes de sectores ecopacifistas o feministas se sitúen en el campo de los «renovadores» de Nueva Izquierda.

Quienes han hecho de la política una profesión, sea en el aparato del viejo partido comunista, sea como cargos electos o de confianza en las instituciones, tienden a desarrollar intereses particulares que les inclinan a apoyar las opciones políticas que comporten menos riesgos en cuanto al número de votos a cosechar. Las presiones contrapuestas de las ofertas provenientes del PSOE (que se vaticinan magras) y de un polo verde-alternativo (que dependen de nosotros) podrían llegar a provocar el basculamiento general de los profesionales de la política hacia las opciones con mejor cartel electoralista, erosionando la precaria mayoría actual. En la dirección de Iniciativa per Catalunya ya domina abrumadormente esa clase de profesionales de la política tradicional, aunque los estados de opinión de toda la formación (combinados con la falta de sentido de la realidad de las inclinaciones pactistas hacia el PSOE-PSC y ERC) pongan algún coto a tales preferencias. Eso podría dificultar aún más el logro de listas comunes verdaderamente comprometidas con un programa económico y ecológico alternativo.

Por el lado de los Verdes y Els Verds el principal obstáculo puede ser, una vez más, la falta de madurez. La desproporción actual en el número de sus votos, de sus afiliados y de sus recursos frente a los de IU-IC-CA, puede generar una sensación de vértigo. Pero si los temores infundados al «abrazo del oso» se impusieran otra vez a la claridad política, eso sólo reproduciría la

espiral de insensatez e inanidad. Porque, pese a sabernos muy poca cosa en cuanto a recursos materiales, podemos aportar tres factores valiosos a una posible coalición electoral con IU-IC-CA: la renovación de ideas y propuestas programáticas, que respondan con audacia a los problemas económico-sociales y ecológicos más acuciantes; las simpatías que despierta la única corriente política nueva que ha emergido en el panorama político mundial en los últimos cincuenta años; y la confianza del grupo verde del Parlamento Europeo que se configura como una alternativa imprescindible, ante las restricciones a la formación de grupos parlamentarios independientes, a un ingreso claudicante de IU-IC-CA en el grupo socialdemócrata, o a una convivencia incómoda con fuerzas como el PCF o el PCP cuya orientación es bien distinta.

La traducción práctica de tales factores en el limitado pero contundente lenguaje de los votos es de momento bastante parca. Sin embargo, el crecimiento de Los Verdes y Els Verds puede acabar provocando en bastantes lugares la situación siguiente: atraer un número de votos insuficiente para lograr concejales o parlamentarios, pero suficiente para hacérselos perder a IU-IC-CA. Y lo mismo puede suceder con las expectativas de crecimiento futuras de ambas formaciones, especialmente en las grandes ciudades. Las simpatías difusas hacia una opción verde son mucho más amplias que las que se expresan de momento en el voto «verde» actual, entre otras razones por la falta de solidez de bastantes de las candidaturas hasta ahora ensayadas. Evidentemente cada cita electoral es distinta, pero un acuerdo electoral sobre unas propuestas programáticas comunes podría permitir ampliar la presencia de ambas formaciones en ayuntamientos y parlamentos, o en el Parlamento Europeo.

La mejor manera de superar los complejos de inferioridad para abordar como verdes una discusión de programas y listas electorales comunes con IU-IC-CA consistiría en no engañarse ni engañar a nadie sobre el alcance de las propias fuerzas. Concentrarse en perfilar un conjunto de propuestas que vayan al fondo de los problemas económicos, ecológicos y sociales

presentes, haciendo emerger su profunda interrelación. Asegurarse, dentro de las reglas de juego democráticas de una coalición, espacios de expresión para las propias propuestas político-culturales de fondo. Y proponer como candidatos tanto a personas de Los Verdes y Els-Verds como a independientes capaces de asumir, representar y defender tales ideas en los parlamentos y las instituciones. También para atraer a esos candidatos y candidatas independientes la capacidad de convocatoria del movimiento verde puede contar bastante.

De todos modos conviene que examinemos con sinceridad qué otros caminos practicables existen para lograr hacer entrar una bocanada de aire fresco verde en el actual panorama político-electoral del Estado español. Si las propuestas programáticas de IU-IC-CA se acercan cada vez más, por iniciativa propia, hacia el denominador común de los verdes europeos, y si los márgenes de la fidelidad de voto son tan estrechos como parece; la única posibilidad parece una confrontación cada vez más subida de tono con ellos para intentar convencer a electores y electoras...de que los «auténticos representantes» de tales ideas son Los Verdes-Els Verds y no ellos. A nosotros nos parece que en el actual contexto del Estado español ésa es la vía más segura de convertir a las listas electorales verdes en un remedo marginal de aquellos patéticos grupos sectarios que no cejan en su propósito de convencernos, en el sopor de las sobremesas electorales, de sus curiosas fantasías políticas. Al margen de eso existe, claro está, mucho campo para correr — junto a la constelación de grupos y organizaciones no gubernamentales plurales— en la práctica social y cultural. Pero aquí estamos hablando de elecciones.

Por eso proponemos organizaciones separadas que consensúen, desde su independencia política recíproca, listas y programas mínimos comunes, como punto de partida y terreno de pruebas. A partir de ahí, pueden ocurrir varias cosas. Puede ocurrir que la experiencia dé un resultado satisfactorio para todas las partes, y eso acerque paulatinamente no sólo los programas de actuación inmediata sino también las culturas y las prácticas políticas más de

fondo. Eso podría abrir, en un futuro en cualquier caso imprevisible, una vía comparable a la que ha permitido la formación en Holanda del partido Izquierda Verde a partir de la fusión de Los Verdes, el Partido Socialista Pacifista (proveniente de la Internacional dos y media) y el Partido Comunista, que previamente trabajaron juntos en una coalición electoral. Para que algo así pudiera llegar a ser posible, sería muy importante el crecimiento, dentro de Izquierda Unida, Iniciativa per Catalunya y Convocatoria por Andalucía, de la corriente ecosocialista, ahora todavía muy débil. Ese reforzamiento podrían aportarlo personas provenientes de grupos de la izquierda radical, como Izquierda Alternativa, que llevan mucho tiempo trabajando en movimientos sociales nuevos pero renunciando a cualquier intento político-electoral.

También son posibles otros escenarios. Puede que el debate de ideas y programas acabe provocando una escisión de IU-IC-CA sin desearlo nadie (pues incluso las personas más afines al PSOE-PSC prestan un servicio más valioso para esta causa dentro que fuera de la coalición). Puede que, al ponerse a elaborar propuestas conjuntas de actuación inmediata, y a traducirlas en listas electorales capaces de representarlas, resulte imposible conciliar la cultura política de IU-IC-CA, o las de otras fuerzas de ámbito nacional o regional que también podrían interesarse por ese proyecto (como Unitat del Poble Valencià o el PSM), con la cultura política propia de un polo verde-alternativo. Pero creemos que vale la pena intentarlo, entre otras razones porque los esfuerzos dedicados a esa elaboración programática nunca serán en balde.

VI. MANOS A LA OBRA

Nada de lo anterior tendría mucho interés si no sirviera de verdad para dirigir a la sociedad un mensaje claro de esperanza en una transformación profunda, que invierta las actuales tendencias económicas y ecológicas. La primera tarea consiste, por tanto, en elaborar una propuesta de política económica y ecológica que, partiendo del diagnóstico común de ambos problemas,

ofrezca soluciones de urgencia que comporten un *cambio de dirección* real.

Todo apunta, sin embargo, a que los males del modelo social-liberal de la última década pueden ir a peor en el contexto de la fuerte recesión actual, y de la formación del nuevo gobierno del PSOE en minoría parlamentaria. El criterio para formar una coalición parlamentaria desde la investidura del nuevo gobierno ha sido, una vez más, la adhesión doctrinaria al plan de ajuste (púdicamente llamado de «convergencia») impuesto por el tratado de Maastricht. La factura que las derechas nacionalistas vasca y catalana van a pasar a ese gobierno no se limita al terreno autonómico: el Conseller de Industria de la Generalitat de Catalunya ya se descolgó en el pasado mes de julio (¡durante la inauguración de una planta de cogeneración!) con unas declaraciones que pedían el fin de la moratoria nuclear. Las autopistas y los trasvases siguen marcando la obsesión por el cemento del ministro de obras públicas más socialdemócrata de ese gobierno, que sigue acaparando las competencias de medio ambiente mientras bloquea en la CE la aplicación de una ecotasa sobre el consumo de energía y las emisiones de CO₂. Convergència i Unió está aún más implicada que el mismo PSOE en el fomento de la incineración, los puertos deportivos, los campos de golf...

En ese panorama económico y político no resultará nada fácil articular respuestas alternativas, ni desde los movimientos sociales ni en el terreno político-electoral. Pero aunque la marcha de las cosas tienda a ir a peor, ni el nuevo gobierno, ni sus apoyos parlamentarios de las derechas vasca y catalana, ni la gran banca o la propia patronal, pueden hacer tampoco lo que se les antoje. No se trata sólo que carecen de verdaderas respuestas a la recesión, más allá de aplicar las mismas recetas de siempre, esperar y ver. Incluso para hacer más de lo mismo en una situación así necesitan *evitar la emergencia de una fuerza de disenso*, concitando un mínimo consenso social. Sin embargo, sólo será posible aprovechar esa situación para frenar las tendencias hacia una degradación ecológica creciente, y hacia una mayor desigualdad social, si frente a la coalición social-liberal entre el PSOE y

las derechas nacionalistas se articula *otra coalición con capacidad de ofrecer una propuesta alternativa creíble y esperanzadora*.

Esa coalición alternativa no puede limitarse sólo al terreno político-electoral. Necesita arraigarse en las organizaciones ciudadanas, los sindicatos, los grupos ecologistas, pacifistas, antirracistas, feministas y de solidaridad, promoviendo su trabajo conjunto en plataformas comunes para campañas específicas. Pero sin un polo también político-institucional y parlamentario, capaz de defender una propuesta globalizadora alternativa, el desánimo y la pasividad harán aún más mella entre los grupos activos y las personas que trabajan voluntariamente en ellos. También entre nosotros y nosotras cundirá la actitud de esperar (o aguantar) y ver. Por eso, la elaboración de un programa de actuación inmediata común entre Los Verdes-Els Verds e Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya-Convocatoria por Andalucía, abierto a otras fuerzas de izquierda con voluntad ecologista de ámbito estatal —como Izquierda Alternativa, Liberación o Revolta—, nacional o regional —como Unitat del Poble Valencià, PSM y otros—, trascendería el plano puramente electoral. Tendría, en sí mismo, un efecto motivador para mucha gente.

Nuestra propuesta política global se resume, por tanto, en dos. Profundizar separadamente las concepciones y programas más amplios que dibujan con los perfiles más nítidos posibles la identidad de cada cual: desde Los Verdes y Els Verds; desde Izquierda Unida, Iniciativa per Catalunya y Convocatoria por Andalucía; Izquierda Alternativa, Liberación o Revolta; desde Unitat del Poble Valencià y otros grupos similares; y también desde las propias organizaciones sociales plurales. Y, mientras tanto, consensuar conjuntamente un programa mínimo común de actuación inmediata, que presente una alternativa global, viable y esperanzadora, ante el camino hacia peor que quiere hacernos emprender la nueva coalición social-liberal del PSOE apoyada por las derechas vasca y catalana. Ese programa mínimo común debe esbozar un *cambio de dirección* ecológico y social de urgencia. La profundización en un pro-

grama verde de transformaci3n de m3s largo alcance debe permitir, entre tanto, ampliar y dar consistencia al c3rculo de personas que queremos emprender, adem3s, un *cambio de sentido* a3n m3s profundo. Quienes las suscribimos, estamos dispuestos a ponernos de inmediato manos a la obra en ambas tareas.

Pedro Arrojo
C3sar Casta3o
Pedro Jos3 Collado
Javier Espinosa
Luis Enrique Espinoza
Ernest Garc3a
Francisco Garrido
Manuel Gonz3lez de Molina
Diego Herranz
Jos3 Larios Jos3
Antonio L3pez Palacios

Antonio Lucena
Luis Lemkow
Santiago Mart3n Barajas
Alvaro Mart3nez
Ladislao Mart3nez
Carlos Mart3nez
Joaqu3n Nieto
Joan Palliss3
Francisco P3rez
Miguel Angel P3rez Berm3dez
Jos3 Manuel P3rez Pena
Jorge Riechmann
Jos3 Santamarta
Nicolas Sosa
Jos3 Luis Serrano
Julio Seti3n
Joaquim Sopena
Carlos Taibo
Enric Tello
Hilario Villalvilla

una veu alternativa als Pa3sos Catalans abans *Cru3lla* ara *Illacrua*



De venda cada mes a
quioscos i llibreries

Illacrua, Actualitat i Alternatives

- Vull rebre un exemplar gratu3t i informaci3 de la revista
 Vull subscriure-m'hi

Nom i cognoms

.....

Adre3a.....

N3m.....Pis.....Poblaci3.....

Codi Postal.....Tel.....

Comarca.....

Envieu-nos aquest cup3 degudament emplenat

La revista de la pau, l'ecologia, el feminisme, la diversitat...
Illacrua, Actualitat i Alternatives Rda. Sant Pere,44 08010-Barcelona Tel:(93) 319.53.50